

to y situación están obligados a ser un elemento directivo, sean un peso muerto, y coadyuven a acabar de borrar y deshacer la imagen de España, como borra torpe restaurador con el alcohol una antigua pintura.

El indiferentismo que ha alejado a la nobleza del servicio de las armas, la hace olvidadiza e ingrata con la tradición.

Necesitamos aquí buenos españoles, y no lo es quien malversa el propio tesoro, que no por ser de un individuo deja de importar a los demás.

Y cierto que igual indiferentismo he podido observar, con pena, en parte del clero.

\* \*

Recientemente, con ocasión de las peregrinaciones a una Catedral esencialmente española, he notado que la mayoría de los Capitulares tal vez prefiriesen que los dejaran tranquilos en el coro o durmiendo la siesta, a ocuparse de los peregrinos, a ser con ellos atentos y hospitalarios.

Tampoco éstos comprenden que, si no tuviesen razón de ser las peregrinaciones, menos la tendrían los Canónigos.

Si podemos señalar honrosas excepciones, lo hacemos complacidos.

Seguramente el conde de Cerragería es persona muy excepcional.

Enemigo del ruido y del reclamo, sencillo y hasta modesto en sus costumbres, católico verdadero, caritativo y rumboso como el que más, no pertenece al número de los que dan porque sí y a ciegos.

Casi siempre que averiguamos el destino y distribución de inmensas fortunas y el reparto de herencias pingües, oímos alzarse mil voces para censurarlo, con razones de justicia y de sentido común.

No pasa esto con las dádivas del conde de Cerragería.

Tiene el dar oportuno, y la iniciativa que acaba de ejercitar en León es de las que debieran servir de modelo y encontrar imitadores.

Yo no he visto la cancela, y me prometo verla en cuanto me sea posible; porque la catedral de León es como damisela pintada en miniatura en las páginas de un misal antiguo, de largo corselete, de brial recamado de oro, y sosteniendo en la mano el lirio divino de una Virgen blanca, y me atrae insensiblemente, y he seguido las vicisitudes de su restauración, y visto chispear de nuevo el collar de pedrería de sus vidrieras, y esto lo hice cuando había malos hospedajes, con más razón ahora que los hay buenos, y se puede pasar allí un día y varios sin detrimento de esto que llaman el *confort*, y que demasadamente nos tiraniza.

Pero si no he disfrutado aún de la cancela, conozco las fotografías, suficientes para poder afirmar que es una hermosa obra de arte, de puro estilo renaciente, lo más elegante que cabe soñar.

Claro es que un inteligente como el conde de Cerragería no iba a regalar objeto que no perteneciese a alguno de los más bellos y ricos estilos españoles, ateniéndose a él con esa fidelidad que es una genuflexión ante el altar de nuestro pasado.

¡Oh tradición, tradición sagrada, has de volver a ser numen protector de las generaciones!

\* \*

Entre las tendencias fatales a Francia contaban sus impugnadores el desdén hacia la tradición, y hay que leer ahora las invocaciones, los himnos que a la tradición entona la prensa francesa, con motivo de la pérdida de la catedral de Reims.

Es más: hasta pretenden que la saña de los alemanes contra la encantadora Basílica, tuvo su origen en la idea de aniquilar la tradición de Francia, al mutilar aquellos pórticos y aquellas arquerías que hablan de cómo se formó la nacionalidad de los francos, cómo se sostuvo cuando la invasión inglesa con Juana de Arco, y se consolidó por la consagración de los Reyes, que creó la unidad de la patria.

La tradición es el escudo más recio contra el enemigo; la tradición hay que conservarla como la sangre de las venas.

Las heridas hondas descubren lo profundo de los tejidos, y en lo espiritual se llega al fondo de las convicciones y de los sentimientos.

Francia hoy se reconoce a sí misma, se ve con su verdadero semblante.

Los obispos (y hacen bien), plantan con sus manos en las tumbas de los soldados muertos banderas tricolores; y los radicales lloran por la catedral de Reims, la catedral de la Santa Ampolla...

Esto tiene de bueno, al menos, la espantable lid,

que amenaza dejar a mucha parte de Europa sin hombres válidos, sin gente moza y en edad viril, para el incremento de la raza.

No quiero insistir en este tema, en lo que nos amenaza si continúa el estado de guerra dos o tres años, como muchos temen.

España se despoblará, suponen, porque faltarán en naciones contiguas brazos para la labor del campo y para la industria, y pagarán a alto precio a los trabajadores españoles.

Nuestra emigración, que estaba orientada a América, se orientará hacia la nación vecina.

Quedará baldío nuestro suelo.

Así lo anuncian los augures.

Lo cierto es que no se sabe lo que puede ocurrir cuando la tragedia llegue al quinto acto.

Ni aquí, ni en parte alguna.

\* \*

Volviendo a más consoladores aspectos de la vida, diré que la verja o cancela que va a adornar la catedral de León tendrá detrás tres grandes lunas, una fija en el medio punto del arco, que antes cerraba fea puerta de madera, y otras dos corredizas a cada lado del coro en su interior, con lo cual, los fieles, en ocasiones solemnes como por ejemplo, ahora, que se celebran las solemnes fiestas de Nuestra Señora del Camino, declarada patrona de la región leonesa, pueden esparcirse por toda la longitud de la nave central; y a diario, cerradas verja y lunas, siempre se sigue viendo y gozando la contemplación y perspectiva de la nave y el ábside.

El donante ha puesto en su dádiva el amor y el cuidado que algunos ponen en la casa propia, donde se estudia la manera de crearse un interior lleno de belleza y combinado artísticamente.

La verja ostenta una leyenda expresiva, tomada del Salmo 23:

*«Attollite portas, principes, vestras, et elevamini portae aeternales; et ingredietur Rex gloriæ.»*

El versículo, en castellano, significa:

«Alzad, oh príncipes, vuestras puertas, y levantaos vosotros, oh puertas eternas; y entrará el Rey de la gloria...»

Y si el donante hiciese hoy, como se hacía antaño, pintar un retrato suyo de rodillas, ofreciendo a «la Blanca» la magnífica verja, pudiera llevar el exvoto esta divisa:

*«Domine, dilexi decorem domus tuae, et locum habitationis gloriæ tuae.»*

\* \*

Ya que tuve palabras severas para el hecho de que haya niños en León que se ejerciten en apedrear las vidrieras, las tendré de alabanza y entusiasmo para quien contribuye espléndidamente al engrandecimiento de nuestro tesoro de arte.

Por desgracia, más frecuentes son las ocasiones de lo primero que de lo segundo.

Es triste, pero bien cierto, y en ello insisto sin descanso: un viaje por España equivale a recorrer las estaciones del Calvario de la belleza arquitectónica y artística en general.

Todos, todos pusieron las manos en la destrucción de nuestra gloria.

Nobles sin conciencia de su deber como tales; eclesiásticos desenfrenados; Gobiernos cínicos e indiferentes; extranjeros rapaces; anticuarios ávidos, de largas uñas; por todas partes la ignorancia, la barbarie atleasca; cuadros del Greco vendidos para comprar un órgano; tapices que desaparecen, o que son remiendos que denotan sacrílegas mutilaciones; retablos antiguos reemplazados por otros de purpurina, con santos de cara tonta y ropaje de colores blandos; la prisión de Quevedo demolida y convertida en no sé qué aljibe...: eso es lo que salta a los ojos al pronto, sin tiempo a que examen más detenido descubra otras enormidades.

Y por eso, cuando oigo decir que Francia está muy mal, me acuerdo de la solicitud con que allí se recogen y conservan las reliquias del ayer, guardándolo y clasificándolo todo, hasta con exageración pueril, y concediendo los honores del Museo hasta a los botones de las chupas y a los viejos mitones y guantes, y porfío en que siempre, siempre estamos peor nosotros, porque, como los compañeros de Ulises, dijérase que hemos comido los frutos del loto o nepentes, y a quien los come, la maga maléfica convierte en irracionales...

El día en que tuviésemos conciencia del ayer, tendríamos seguro el mañana.

¡Pero cuánto, cuánto hay que aprender para recordar!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

### LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No ha mucho, y aquí mismo, con motivo de mi paso por León y la novela *Pulchra Leonina*, hablé de la Catedral, rival victoriosa de la de Reims, hoy lacerada y hecha escombros, y proclamé una vez más mi entusiasmo por tal monumento, el más armónico y luminoso de cuantos enriquecen a España.

Hoy tengo ocasión de dedicar otro recuerdo a la mágica linterna de Castilla, porque ofrece una innovación, reclamada en ella y en casi todas las Catedrales españolas, por la ley del buen gusto.

Consiste la innovación en una cancela, y la cancela ha sido donada por un prócer, el conde de Cerragería, y colocada en ella y en casi todas las Catedrales españolas, por la ley del buen gusto.

El conde de Cerragería es uno de los mejores españoles que conozco.

No se es buen español solamente por arriesgar la vida en los combates, y sacrificarla en aras de la patria.

En la actualidad, existen muchos señores, pertenecientes a la misma elevada clase social que el conde de Cerragería, y que viven pendientes de si ha salido una nueva marca de automóviles, cuando no de cosas menos inocentes, y en vez de rendir culto al pasado en forma de respeto a sus restos, venerando el arte, las viejas piedras que hablan y sugestionan, tiran por la ventana cuanto pudiera testimoniarlo, y venden por un plato de lentejas la primogenitura, si no la regalan, como hizo cierta dama con un histórico castillo, lleno de memorias, y de interesantísima arquitectura.

Yo he oído, con escandalizados oídos, decir a un magnate que cambiaría otro castillo, también enlazado con nuestros anales históricos, por cualquier *chalet* moderno; y, hasta en mi región gallega, he visto por todas partes la desidia y la incuria de los que, dada su alta categoría, estaban obligados al ejemplo de restaurar o al menos conservar lo que fué, y que cada vez debemos tratar con mayor cariño, puesto que un año que pasa acrecienta su valor.

Hay más.

Ha llegado a ser poco elegante (¡por vida de la elegancia!) ocuparse de «estas cosas».

El que cuida de no perder ciertos timbres, de ahondar en su estirpe, en su casa, en su ayer, pasa por un señor anticuado, especie de marqués de Caravaca.

Un falso liberalismo, una mala interpretación del espíritu moderno, contaminan a los hombres de deporte y de club, que cada día se divorcian más de la tradición, obligando a que repitamos con asombro, como el poeta en su famosa sátira:

«Pues ése,

ése es un nono nieto del Rey Chico!»

La ignorancia por un lado y la frivolidad por otro; y encima de todo, esa fría sequedad con la patria, ese tener la existencia vuelta a Europa, convenido, pero no para extraer de Europa cultura que aplicar aquí, sino para lamentarse de que nos faltan grifos y tuberías y detalles de comodidad, y ni siquiera cazamos zorras con jaurías de *fox terriers*, ni elefantes de la India, hacen que muchos que por su nacimien-

¿No c  
A mí,  
largas n  
provoca  
ridad de  
El otr  
fagas de  
laje de r  
mismos,  
pájaros  
silueta.

A vec  
nazan cu  
blandide  
tado pui

Y un  
desfila u  
porando

Con e  
chas reg

El me  
azofaifa  
sayo pa  
chimene

crepitan  
chorrear  
dulce; h

ra y su  
es decir.

El otr  
nos llen  
el cesto

Las v  
Desd  
riado.

Estas  
les desd  
do sello

Se ha  
quimicc  
tuya al  
mano...

Las f  
Y no  
tas cosa  
talment

Tiene  
campo.

Se di  
quien la

Por e

Sin e  
leza.

Ha tr  
las anin  
comuni

Del d  
de trage  
sas, que

De la  
adorno,

Las t  
cualqui  
dineras

El ca  
mos la i  
pura br  
Una